

Iglesia y ven con nosotros a nuestro palacio; rebotando alegría en él, servidos por cien criados, reímos, bebemos y cantamos, y no sólo no ofendemos a Dios, sino que le permitimos que nos muestre se cielo azul por entre los arcos de nuestros pórticos.

* * *

«¿De qué te servirá consumirte en el estudio? ¿Sabes qué dirán de ti las hermosas de ojos tiernos, cuya sonrisa vale un trono? — Te llamarán joven inútil y se burlarán de ti, lamentando que te empeñas en que tu rostro se vuelva amarillento como tu libro.

* * *

«Nosotros vivimos entre mujeres hermosas, entre fiestas y conciertos; gozamos de placeres desconocidos para la multitud, cuando en la orquesta la música tan pronto asciende, tan pronto baja, ya se extiende en ondas sonoras, ya vuela convertida en polvo armonioso.

* * *

«En estos tiempos los hombres hacen intervenir en todo a la música y a los cantos. Por esto, amigos, nos entusiasma la guerra, noble diosa en la que todos soñamos cuando somos niños, y que hace resonar a la cabeza de sus legiones los claires que tienen la boca de metal.

* * *

«¡Oh reyes! para vosotros reservamos la guerra y para nosotros reservamos los placeres; vivid para satisfacer el orgullo, como nosotros para satisfacer nuestras pasiones. todos tenemos nuestros prosélitos; a vosotros os temen y a nosotros nos aman; a vosotros os pertenecen los imperios, a nosotros los gabinetes perfumados; a vosotros los hombres y a nosotros las mujeres.

* * *

«Nos dan lástima los sacerdotes, los magos, los doctores y los sabios; pobres soñadores, que pretenden explicar el misterio tras el que se oculta el Eterno, ya descifrándolo en un libro, ya sentados por la noche sobre la techumbre de los palacios, deleitando estrella tras estrella.

* * *

«¡Nos reímos de esos locos que buscan el centro del globo obscuro del cielo! Sólo es real en el mundo lo que el hombre tiene en la mano; preferimos a su santa felicidad los placeres malditos; trocamos por una hermosa Eva su incierto paraíso y su estrellada bóveda por una manzana.

* * *

«¿Qué vale la ciencia comparada con el amor? El invierno pro-

duce la nieve y el sol la luz del día. Amemos y cantemos, sin hacer caso de palabras vacías de sentido; preferimos a los discursos lacrimosos el choque de las copas de oro, a las caras de los sabios las fisonomías de las hermosas enloquecidas.

* * *

«Naturaleza, bebemos de las corrientes que de ti fluyen; nos apresuramos siempre a gozar a expensas del pensador prudente, que opina de otro modo, y sólo nos ocupamos en aceptar todos los bienes, sin elección alguna, y en convertirlos en un mundo de placeres. Dios, por su parte, que obre como quiera.»

* * *

Entretanto, el sabio, que conoce el destino del hombre en el mundo, recoge con tristeza las migajas del festín, mientras los que así acaban de hablar se entregan a la embriaguez de la orgía; y repartiendo el pan entre los pobres olvidados y los indigentes afligidos, les dice: — «Rogad a Dios por esos hombres que cantan!»...

4 de marzo de 1837.

VII

A VIRGILIO

¡Oh Virgilio, oh poeta, oh maestro mío divino! Ven, salgamos de esta ciudad de murmullo vano y siniestro, dejemos esa ciudad gigantesca, dejemos a Lutecia, que era tan insignificante en tiempo de tus Césares, y que lanza ahora, bajo el brillante nombre que hoy el mundo le da, más claridad que Atenas y más ruido que Roma.

* * *

Para ti, que hiciste, como en los bosques cae el agua del cielo, caer de hoja en hoja tus versos misteriosos; para ti, cuyo pensamiento llena mi fantasía, he encontrado un sitio pintoresco y sombrío entre Buc y Meudon, sumido en profundo olvido; he encontrado, caro poeta, un puro valle situado entre dos collados deliciosos, retiro agradable para los amantes que deseen ocultarse, entre olas dormidas y entre espesas ramas, donde no penetran los rayos del sol que iluminan el bosque, fresco asilo donde impera la sombra.

* * *

Para ti lo busqué una mañana en que, alegre y satisfecho, vaga-

ba con el corazón lleno de amor; Para ti lo busqué recorriendo el bosque con aquella que conoce todos los secretos que en mi alma se ocultan, y que sola conmigo, perdidos en aquellas soledades, sería mi Licoris si yo fuera tu Gallus.

* *

Porque ella profesa con entusiasmo el culto misterioso a la antigua naturaleza: como nosotros, poeta, se apasiona de todos sus rumores: se reduce el ruido de los alegres nidos que sale del sombrío bosque, y por la tarde contemplan en el fondo del valle los collados que se reflejan invertidos en el lago; le place ver cuando se hunde el sol en el ocaso, cómo va perdiendo su resplandor rojizo, y la pobre cabaña, y el antro cuya entrada obstruyen los matorrales, el agua que corre, los prados, los montes y el refulgente espacio.

* *

Ya que estamos en la estación de las clemátides, poeta, si tú quieres, por la noche recorreremos los tres ese valle salvaje, separando las ramas, sin que despierden ecos nuestros silenciosos pasos; iremos los tres, es decir, los dos, para estudiar la soledad, y allí la sorprenderemos en su secreta actitud. En la dudosa penumbra, que hace que el árbol de un tronco nudoso adquiera por lo

noche monstruoso perfil humano, dejaremos humear, al lado de un citiso, nuestra hoguera que se apague, por no haber ningún pastor que la atice, y escuchando los vagos murmullos de la noche, a la luz de la luna, rápidamente atravesaremos las malezas y podremos ver de soslayo cómo danzan los sátiros, que Alphisibeo imita.

23 de marzo de 18...

VIII

¡Permitidme que os hable, encantadora joven! Dante os hubiera colocado entre los ángeles y Virgilio entre las diosas. Son irresistibles vuestros ojos, tenéis frente escultural y abris los labios con expresión juguetona; podríais llevar altiva entre las más altivas la coraza de las antiguas guerreras. La multitud de las beldades del gynecio o del serrallo admiraría vuestros labios de coral. Cellini sonreiría al veros dotada de tan atractivas gracias, y esculpiendo vuestra figura en un vaso griego, os haría salir de un hermoso cáliz de oro o de una azucena convertida en mujer, pero sin dejar de ser azucena, o de una de esas maravillosas flores del loto, que trabajaron sus manos, ricas flores del arte, envidia de la naturaleza.

* *

¡Permitidme que os hable, beldad de ojos divinos! Era un día esplendoroso el primer día que os vi. ¿El recuerdo de ese día ha dejado un rayo de luz en vuestro corazón, como lo dejó en el mío? ¿Os sonreís?... Dadme la mano y venid conmigo. La primavera abre sus flores, el camino está protegido por la sombra, el aire es tibio, y no lejos de aquí, en los próximos bosques, el musgo verde y espeso tiende una alfombra a los pies de las encinas.

21 de abril de 1837.

IX

MIENTRAS LA VENTANA ESTABA ABIERTA

Poeta, tenías la ventana abierta cuando la mujer a la que en voz baja tu corazón habla, con frecuencia en un sillón reclinaba la cabeza, y decía:—«No os fiéis de mí, amigo, porque ahora mi vida se desliza a la sombra de la vuestra.

* *

«No os fiéis de que mis miradas se fijen en vuestros ojos y de que reserve mi más cariñosa sonrisa para vuestra sonrisa grave; no os fiéis de que, consagrándome a

vuestro cariño, os ofrezca mi corazón, como un libro en el que sólo vos tenéis derecho a escribir,

* *

«Que nadie sabe si llegará un día en que me excite la curiosidad de perturbar vuestro cariño y de sobresaltar vuestra mirada, o me asalte el inquieto capricho, el burlón deseo de destruir de repente la paz de vuestro corazón, de igual manera que un niño destruye un objeto precioso.

* *

«Todos los hombres queréis que la mujer conserve dignidad y altivez, porque esto satisface vuestro orgullo, y que consigan las llamas de vuestro amor, que reflejan sobre nosotras, que la altiva se convierta en sumisa a vuestro cariño.

* *

«Enorgulleceos de que soy así. Porque esos hombres que veis pasar con frialdad por mi lado, y que corren cariñosos tras otras mujeres, si yo quisiera—pero no pienso en ello porque no quiero perturbar vuestra paz,—mis ojos soñolientos harían pronto brotar llamas en los suyos.»

* *

Así hablaba una mujer encantadora, tierna y digna, dejando

sobre los brazos del sillón de terciopelo arrastrar sus mangas, y tú te imaginabas que a esa mujer amante le sonreía el libro de la *Iliada*, que tenía abierto sobre las rodillas.

* * *

¡Hermoso libro que los dos juntos leéis con frecuencia! La apasionan como a ti sus atrevidos combates, en los que la guerra agita sus olas, y aunque es mujer, no aborrece al poeta que canta a Helena, esa mujer que te enamora, a pesar de que prefiere los ancianos a las hermosas.

* * *

¡Ella sube algunas veces a la cumbre de sus jóvenes amores, a mirar en el oleaje de los tiempos pasados qué sombra proyecta en ella esta quimera; porque así como de un monte cae el agua a torrentes, el pasado murmurador sale y corre en arroyos brotando de tu seno, gigante Homero!

26 de febrero de 1837.

X

A ALBERTO DURERO

En los antiguos bosques, en los que la savia corre desde la madera negra de los alisos hasta el tronco blanco de los álamos, muchas veces a través de un claro

entre la espesa arboleda, pálido, asustado, no atreviéndote a mirar hacia atrás, te has apresurado a salir, tembloroso y convulso, antiguo y pensador pintor, ¡oh Alberto Durero! Se comprende, estudiando tus hermosos cuadros, que en los frondosos bosques, tus ojos visionarios veían distintamente, a pesar de la obscuridad, al fauno de aplastados dedos, al silvano de ojos verdes, a Pan, que cubre de flores el asilo donde tú te recoges, y a la antigua driade que tiene las manos llenas de hojas.

* * *

Los bosques para ti son un mundo temible; en ellos se confunde ante tus miradas lo ideal con lo real; en ellos se inclinan pensativos los seculares pinos, los gigantes olmos cuyos torcidos ramajes muestran sus formas extrañas, y en su grupo sombrío, agitados por los vientos, nada hay completamente muerto ni completamente vivo. El herro bebe; el agua corre; los fresnos, sobre las pendientes, bajo las hierbas silvestres y sobre las zarzas trepadoras, encogen lentamente sus pies renegridos y nudosos. Las flores, de cuello de cisne, toman a los lagos por espejos; y para ti, que al pasar por allí despertabas a extrañas quimeras de escamosas espaldas, que apretaban con sus dedos los nudos de los árboles y que en el fondo de un antro obs-

curo fijaban los relumbrantes ojos para ti, la vegetación, el espíritu, la materia y la fuerza están cubiertos de piel ruda o de corteza viva.

* * *

Por los bosques jamás he vagado como tú, maestro, sin que en mi corazón haya penetrado el horror, sin ver estremecerse la hierba y sin ver que el viento mecía confusos pensamientos colgados en todas las ramas. Sólo Dios, que es el testigo de los hechos misteriosos, sólo Dios sabe con qué frecuencia, en estos sitios salvajes, he sentido en ellos como dentro de mí palpar y vivir un alma, y sonreírse y hablarse en la obscuridad en voz remisa las encinas monstruosas que tanto abundan en los bosques.

20 de abril de 1837.

XI

Ya que en la tierra todas las almas ofrecen a alguien su música, su llama o su perfume; ya que todos los objetos presentan en el mundo sus espinas o sus rosas a sus amores; ya que abril presta a las encinas grato murmullo; ya que la noche concede a las penas el olvido en el sueño; ya que el aire proporciona a los pája-

ros la movediza rama; ya que la aurora regala a las clemátides gotas de rocío; ya que cuando llega a descansar en la playa la onda amarga estampa un beso sobre la ribera; te doy en estos momentos, inclinado hacia ti, lo mejor de lo que yo poseo.

Recibe, pues, mi triste pensamiento, que, como impregnado de rocío, te lo dedico llorando. Recibe, amor mío, mis innumerables deseos; acepta la luz y la sombra de todos los días de mi vida. Recibe mi entusiasmo, mi embriaguez y mi cariño, y todas las caricias que te dedico en mis canciones. Toma mi espíritu, que libremente boga a la ventura y del que tu mirada es la única estrella. Admite mi Musa, mecida por horas soñolientas, y que, llorando cuando tú lloras, tiene casi siempre los ojos anegados en llanto. Acepta, beldad celeste, ídolo mío, mi corazón, al que nada le quedaría si perdiese tu cariño.

XII

A OL

¡Oh poeta! Voy amorosamente a remover hasta el fondo de tu profundo pensamiento.

* * *

No la conocías; la viste por primera vez una tarde cuando el sol iba hacia su ocaso, una tarde en que de repente se te apareció fresca y hermosa en un luminoso sitio, menos brillante que ella. En sus cabellos relucían las facetas de mil diamantes; andaba majestuosamente, era blanca, de ojos negros, de alta estatura, y entusiasmaba a la multitud que la veía pasar. Todo en ella era fuego brillante o ardor sonriente. Algunas veces las palabras caían de su boca como las espigas doradas caen del saco de la espigadora. Salía de sus labios un vapor luminoso. Todos lanzaban exclamaciones, admirando sucesivamente su frente en la que bullían mil pensamientos, abierta ante el amor su inefable sonrisa, y como dos respiraderos de un encendido foco, sus ojos, que permitían adivinar su corazón ardiente. Andaba, y pasó como inflamado pájaro, encendiendo sin saberlo un hogar en los corazones, fijando únicamente la vista en el camino que iba siguiendo y dejando a todos deslumbrados al pasar.

* * *

Tú la contemplabas sin atreverte a aproximarte a ella, porque el barril de pólvora tiene miedo a las chispas.

26 de mayo de 1837.

XIII

Joven poeta, ese malvado hace una guerra cobarde y no le asusta tu indignación; créeme y no hagas caso de ese Zoilo de miradas traidoras; no hagas caso de ese desdichado socarrón. Respira en la atmósfera de tu desprecio y tu odio hace su felicidad. Sabe que puede manchar impunemente las reputaciones mejor adquiridas y que es demasiado venenoso para que nadie le quiera tocar. Nada teme: es semejante al hongo disforme que brota en una noche al pie de una encina, que deja pacer los cabritillos a su alrededor y que hinquen los dientes en los tiernos arbustos, porque tiene el convencimiento de que si se acercan a él sabrá vengarse, y como está henchido de veneno, espera tranquilo que se atrevan a morderle.

18 de mayo de 1837.

XIV

ABRIL. — A LUIS B.

Luis, he ahí el tiempo de respirar el aroma de las rosas, de abrir los cristales de las ventanas que por tanto tiempo estuvieron

* * *

cerradas; el tiempo de admirar las bellezas divinas de la naturaleza, que flotan en los montes, en los bosques y en los barrancos, en las ondas, en la sombra y en los vientos.

* * *

Luis, he aquí el tiempo de que repose el alma en la tranquila sonrisa impregnada de una vaga llama que irradia en la frente del cielo diáfano; he aquí la hora de que se dilate el corazón como agua que humea y de que las nubes y las brumas se disipen en la extensión azul.

* * *

He aquí el tiempo en que los amantes marchen unidos por debajo de los verdes pabellones de los árboles y de que sacudan sus alas, humedecidas por el invierno; he aquí la hora de que cante el ruiseñor, cuya voz tierna encierra bastante armonía para que se difunda por todos los amores que salen del corazón.

* * *

XV

LA VACA

Llegó el tiempo de que crezcan los trigos, de que juegue el niño, murmure el agua y se recolecten las frutas y las rosas; llegó el tiempo de que el cabritillo, furtiva y graciosamente, mordiendo en las hojas bajas de algún árbol inclinado, haga preciso que acuda corriendo el cabrero.

Llegó el tiempo en que, pensando en los ya pasados dolores exclamamos: — «Ya desapareció». Llegó el tiempo en que el sol derrama la alegría, en que los nidos cantan en los árboles: nosotros, mientras en lontananza todo vibra y tiembla satisfecho, nos encaminaremos al bosque, y si vos así lo queréis, andando, juntos meditaremos;

* * *

Meditaremos entrambos en aquella lindísima doncella que duerme eternamente enterrada bajo la hierba salpicada de florecillas de oro, donde el pájaro va a buscar los granos de mijo, y que este invierno pasado, creyendo gozar aún de larga vida, hizo que le prometiera su madre un traje de primavera.

Abril de 1837.

sueño de la casa, los dogos, en sus perreras oyen los alegres cantares del centinela que les despier- ta, el canto del gallo, se había de- tenido en aquellos momentos una vaca soberbia, enorme, hermeja y manchada de blanco, cariñosa como una cierva en medio de sus cervatillos; hormigueaba bajo su vientre un grupo de niños peque- ñuelos, de dientes de mármol, frescos, pero firmes, y todos a la vez gritando llamaban a otros más pequeños, que se apresura- ban temblando a robar a la leche- ra ausente, la leche, que extraían chupando los pezones fecundos de su madre la vaca; ésta, compla- ciente y poderosa y llena del teso- ro de la vida, apenas movía sus costados, pintados como la piel del leopardo, y distraída miraba vagamente al azar en la immensi- dad.

* *

De este modo, naturaleza, fuen- te de vida de los humanos, madre universal de toda cosa creada, todos nosotros a la vez, místicos y carnales, buscando sombra y leche bajo tus flancos eternos, todos confundidos permanecemos suspendidos por todas partes de tus colosales pechos; y mientras que hambrientos armamos gran vocerío, en tus inagotables ma- nantiales apagamos la sed, tú, tranquila, inmóvil, estás pensa- do en Dios.

15 de mayo de 1837.

XVI

PASADO

Era un antiguo castillo de la época de Luis XIII. El sol po- niente enrojecía el solitario edi- ficio. Desde lejos, cada ventana, transformada en una fragua, había perdido su forma; parecía una inmensa brasa, y el techo desaparecía entre los rayos de fuego que lanzaba el sol.

* *

A nuestra vista se extendía, como derruida gloria, uno de esos parques en los que la hierba ha borrado el camino, en los que en un rincón sobre un pedestal gris, la táciturna estatua del invierno, casi cubierta por la hiedra, se oculta como si tuviera frío.

* *

La gran alberca dormía como lago solitario. Un Neptuno verdi- negro se enmohecía en el agua, los cañares ocultaban las olas, el agua se filtraba en la tierra y los árboles mezclaban unos con otros sus ramajes, que en otros tiempos inspiraron las rimas de Boileau.

* *

Veíanse en algunos instantes correr por los espesos bosques hermosos ciervos, que parecía que desafiaban ufanos a los cazadores; y en el mármol blanco, que anti- quísimo tronco de árbol apuntala, debajo de un plantío de carpes, trocado en barrera, se oía suspi- rar a las dos hermanas, Gabriela y Venus.

* *

Ya no pasaban por aquellos jar- dines mudos con las capas levanda- das marcialmente por la punta de los espadones; los tritones parecían que habían cerrado los ojos, y en la obscuridad, entre- abriendo sus mandíbulas de pie- dra, presa del fastidio, una anti- gua gruta bostezaba sumida en el fango de los bosques.

* *

Entonces les dije:—Ese casti- llo abandonado encerró el amor, con tanta intensidad como palpi- ta en vuestros corazones, y risas, y gloria e innumerables fiestas; y su pasada alegría es la que le convierte hoy en sombrío, como se ennegrece un vaso enmohecido por el licor que en él está conte- nido.

* *

Entraban en esa gruta, cuyo piso cubre el musgo, con los ojos

bajos y el seno palpitante, la hermosa Caussade o la joven Candale, de un regio amante con- quista feudal, que al penetrar en la gruta decía: «Señor», y al salir: «Luis» al monarca.

* *

Entonces, como ahora, dos co- razones unidos vagaban bajo aquellos árboles, que de tantos amores fueron testigos, él llamaba a su duquesa ángel entre las muje- res, y con miradas ardientes y con el alma apasionada se deslum- braban el uno al otro.

* *

Entonces se oían risas apaga- das, perdidas en el fondo de los bosques; risas que nacían de otros amantes entregados a la felicidad. De vez en cuando una pausa dete- nía el curso de sus delirios: él preguntaba con ternura:—«¿Por qué suspiras?» Ella cariñosamente le respondía:—«¿Por qué te que- das pensativo?»

* *

Los dos, el ángel y el rey, con las manos entrelazadas, camina- ban contentos y orgullosos, ho- llando los verdes céspedes, cam- biando sus miradas, sus hábitos y sus pensamientos!... ¡Tiempos des- vanecidos, esplendores eclipsa- dos, soles traspuestos en el ho- rizontel...

1.º de abril de 1835.